

# *La Coatlicue en el Interior de la Real y Pontificia Universidad de México de Pedro Gualdi (1841): La transformación del monstruoso ídolo en referente para la construcción de la identidad nacional mexicana*

Levalle, Alejandra Eugenia / Universidad Nacional de las Artes (UNA) - [alelevalle@yahoo.com.ar](mailto:alelevalle@yahoo.com.ar)

---

» *Palabras claves: Identidad nacional mexicana – Pasado prehispánico - Coatlicue*

## » **Resumen**

El descubrimiento de la escultura azteca de la Coatlicue en 1790 y posteriormente la Piedra del Sol, desenterradas ambas en la plaza principal de la ciudad de México, instaló una intensa discusión tanto en el ámbito intelectual como en el político y religioso acerca de la valoración, la interpretación y las acciones a realizar frente a los nuevos hallazgos de la producción plástica precolombina que había sido invisibilizada desde el comienzo de la colonia.

En este trabajo se analizará el impacto y las respuestas que se suscitaron en torno a las nuevas imágenes develadas, derrotero que marcó un hito dentro de la historia socio-cultural mexicana de fines del siglo XVIII y principios del XIX. En “Interior de la Real y Pontificia Universidad de México” de 1841, Pedro Gualdi documentó pictóricamente el desenlace final de ese proceso al reproducir una vista del patio de la Universidad en el cual se situaban dos símbolos antagónicos que sintetizaban visualmente la transformación de la sociedad virreinal en una república independiente que ahondaba sus raíces en el pasado prehispánico: la estatua ecuestre de Carlos IV, recientemente retirada de la Plaza Mayor, y la escultura azteca de la Coatlicue convertida en referente para la construcción de la identidad nacional mexicana.

## » **El ídolo de la gentilidad**

*... en México, en la plaza principal, enfrente del rial palacio, abriendo unos cimientos sacaron un ídolo de la gentilidad, cuya figura era una piedra muy labrada con una calavera en las espaldas, y por delante otra calavera con cuatro manos (y) figuras en el resto del cuerpo pero sin pies ni cabeza y fue siendo virrey el conde de Revillagigedo.*

*(En López Luján, 2011: 212)*

---

Con estas palabras, el alabardero José Gómez, apostado frente al Palacio Nacional, registraba en su diario el momento en el que, luego de su descubrimiento el 13 de agosto de 1970, se desenterraba la Coatlicue (Lámina 1), una de las esculturas fundamentales en la que se sintetiza la cosmogonía

mexica:<sup>1</sup> Madre de todos los dioses, de los hombres, del dios del sol Huitzilopochtli, de la diosa lunar Coyolxauhqui y las estrellas, era también la Madre Tierra, la que todo nos da y a la que todos volvemos al morir. En ella se funde la vida y la muerte, la fertilidad, la abundancia y, a su vez, la muerte y desolación. Encarna los principios fundamentales de la dualidad y el movimiento de los hombres, de los dioses y del universo en el que existe un tiempo en el que a través de la lucha todo se crea y todo se destruye.

Por primera vez, Gómez describía sucintamente las características formales de la escultura evidenciando el impacto visual que le produjo el hecho de que la misma no poseyera ni pies ni cabeza. Efectivamente, la Coatlicue posee un cuerpo humano pero en el lugar de su cabeza se presentan dos serpientes de perfil enfrentadas, los pies son garras con ojos y dos calaveras, una en la parte frontal y otra en la posterior, conforman el eje central de la figura. En el pecho, a modo de collar, cuelgan cuatro manos intercaladas con lo que muy posteriormente se interpretó como corazones.

Este hallazgo fortuito se produce como consecuencia de las obras emprendidas por el virrey Revillagigedo para emparejar la Plaza de Armas. En diciembre del mismo año, los trabajos tendientes a embellecer la plaza, pusieron al descubierto otra de las grandes esculturas mexicas: la Piedra del Sol (Lámina 2)

Estos descubrimientos, no sólo han permitido reconstruir aspectos fundamentales de la cosmogonía mexica por el contenido simbólico que encierran, sino también marcaron un hito en la historia política y cultural mexicana de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

López Luján (2011: 203) afirma que en este periodo las ciencias y las artes experimentaron un importante florecimiento junto con la secularización de la enseñanza que intentaba despegarse de la escolástica. La fundación de instituciones como el Colegio de Artes y Oficios para las mujeres de las Vizcaínas, la Real Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos, la Academia Pública de Medicina y el Real Seminario de Minas, entre otras. Junto con el Jardín Botánico, la apertura de nuevos escenarios para el teatro, el ballet y los conciertos, sumadas a la difusión de las ideas de la Ilustración europea por medio de imprentas, librerías y revistas científicas reinterpretadas por los criollos, “insuflaron en el ambiente un espíritu independentista” que buscaba liberarse de las estructuras coloniales. La falta de acceso de los criollos a los puestos más altos de la administración pública o de la iglesia, reservados exclusivamente para los nacidos en España, derivó en una creciente tendencia nacionalista, “según el cual en la Nueva España se estaba desarrollando una nueva nación, con raíces tanto prehispánicas como españolas” (García-Bárcena, 2009: 37)

El impulso que Carlos III, tras su ascensión al trono español en 1759, le confiere al estudio de monumentos y antigüedades de las posesiones españolas, continuada posteriormente por Carlos IV, fue el puntapié inicial en la recuperación del pasado prehispánico invisibilizado desde el comienzo de la colonia. Dentro de este contexto, la historia prehispánica, su producción estética y los sitios arqueológicos cobraron una mayor importancia y, a diferencia de épocas anteriores, lejos de abandonarlos, destruidos o considerarlos meras curiosidades, comenzaron a ser conservados, descritos y analizados utilizando para ello las escasas y aún restringidas fuentes documentales conservadas desde el siglo XVI (García-Bárcena, 2009: 37)

Tras la guerra de Independencia de 1810, el interés por el mundo prehispánico se vio consolidado con los gobiernos liberales para quienes la historia de México se remontaba al pasado

---

<sup>1</sup> En lo sucesivo se utilizará el término precolombino *mexica* para referirse al grupo étnico que durante los siglos XIV al XVI tuvo un papel dominante en el Valle de México luego de la Triple Alianza. Los historiadores de los siglos XIX y XX popularizaron la palabra *azteca* derivado del nombre de su legendaria tierra natal, *Aztlan*, haciéndolo extensivo a todos los pueblos de habla náhuatl. CONRAD, G. y DEMAREST, A, (1988: 27).

prehispánico,<sup>2</sup> contraponiéndose así a los conservadores para quienes la historia y la identidad mexicana comenzaba en 1521 luego de la caída de Tenochtitlan en manos de Cortés. Por otro lado, era de fundamental importancia confrontar ese pasado con el periodo posterior a la conquista debido a que, como indica de Castro Vieira Christo (2010: 1), resaltar las crueldades cometidas por los colonizadores le otorgaba dignidad a los vencidos, aspecto necesario para la construcción de la identidad de un estado independiente.

## › **Entierro y desentierro**

Al mes siguiente del descubrimiento, la Coatlicue se hallaba apostada junto a la Puerta del Virrey (actual Puerta de Honor del Palacio Nacional). El corregidor intendente Bonavía y Zapata, dirigiéndose al virrey, reconoce la necesidad de conservarla “por su antigüedad, por los escasos monumentos que nos quedan de aquellos tiempos, y por lo que pueda contribuir a ilustrarlos”. Por estos motivos, le sugiere trasladar “la figura de piedra” a la Real Pontificia Universidad, “no dudando la admitirá con gusto”, y quedando a su cargo hacerla medir, pesar, dibujar, y grabar para que “se publique con las noticias que dho. cuerpo tenga, indague, ó descubra, á cerca de su origen” (López Luján, 2011: 213)

Entre el 29 de octubre de 1790 y el 16 de agosto de 1791 la escultura fue trasladada y ubicada en uno de los ángulos del patio de la Universidad dirigida por los frailes dominicos. Resulta extraño que no fuese llevada a la Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos fundada por esos años, en la que por ese entonces ya se encontraban algunas esculturas mexicas recientemente descubiertas. Indudablemente, los avatares por los que transcurrió la escultura de Coatlicue, tal como veremos luego, están directamente relacionados con su colocación en una institución que, como afirma López Luján (2011: 213), “atravesaba un periodo de decadencia y gran conservadurismo” La Piedra del Sol, en cambio, fue colocada en la torre poniente de la Catedral de México en diciembre de 1790 donde estuvo expuesta a la vista de los transeúntes hasta 1885.

Don Antonio de León y Gama realiza el primer estudio tanto de la Coatlicue como de la Piedra del Sol basando sus interpretaciones en las fuentes históricas conocidas hasta el momento. Al mismo tiempo que las analiza le solicita a Francisco Agüera y Bustamante grabarlas en cobre para ilustrar su publicación de 1792, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790* (Lámina 3). Este escrito es de fundamental importancia ya que constituye el primer tratado de monumentos antiguos, es decir, el primer libro de arqueología editado en México, a partir del cual se crearán los siguientes estudios mexicas (Matos Moctezuma, 1998: 20)

Dentro de la Universidad, la Coatlicue, fue ubicada entre los arcos del patio principal rodeada por una reja de madera. El Obispo Benito María Moxó y Francoly, en una carta fechada en 1805, da cuenta de las reiteradas visitas que los indios realizaban para “contemplar su famosa estatua”. Aceptadas en un principio, no veían en ellas más que un incentivo “por el amor nacional, propio no menos de los pueblos salvajes que de los civilizados, y por la complacencia de contemplar una de las obras más insignes de sus ascendientes”. Posteriormente, notaron que dichas visitas escondían “un secreto motivo religioso” y por ello se les prohibió absolutamente la entrada. Esta medida no impidió que al finalizar las actividades de la Universidad regresaran por su “fanático entusiasmo y su increíble astucia”, burlando “del todo ésta providencia” (Matos Moctezuma, 2002: 23)

---

<sup>2</sup> Esta consideración, sin embargo, partía de una visión sesgada en sus componentes culturales ya que incluía a los pueblos del altiplano central y excluía a los de la región maya (de Castro Vieira Christo, 2010: 1)

La recuperación y exhibición de la antigua divinidad evidenció que su carácter sagrado no se había perdido luego de casi trescientos años de estar oculta. Así lo describía el religioso:

Sorprendieron a los indios, unos puestos de rodillas, otros postrados... delante de aquella estatua, y teniendo en las manos velas encendidas o alguna de las varias ofrendas que sus mayores acostumbraban presentar á los ídolos (En Matos Moctezuma, 2002: 23)

La Coatlicue había avivado las prácticas “idolátricas”. Frente a esta realidad irremediable, los frailes dominicos decidieron “meter nuevamente dentro del suelo la expresada estatua”.

En 1803 el barón alemán Alejandro de Humboldt, a su llegada a México, tiene conocimiento del descubrimiento de las esculturas y solicita acceder a ellas a fin de analizarlas e incluirlas en su libro *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, publicado en 1878. En el capítulo dedicado a la escultura de la Coatlicue “Ídolo azteca de pórvido basáltico, encontrado bajo el pavimento de la Plaza Mayor de Mejico”, da testimonio de su nueva ubicación y la solicitud de desenterrarla:

Los Profesores, que por entonces eran Religiosos dominicos, no quisieron oponer el ídolo á la juventud mejicana, y lo enterraron de nuevo en uno de los corredores del edificio á medio metro de profundidad. No hubiera yo podido examinarlo, por consiguiente, si don Feliciano Marín, Obispo á la sazón de Monterey, no pasára por Méjico camino de su diócesis, y atendiendo á mis ruegos, hiciera que el Rector de la Universidad mandara desenterrarlo (Humboldt, 1878: 231)

Tan pronto como pudo examinarla, la Coatlicue volvió a ser enterrada.

Recién en 1821, habiendo sido consumada la independencia, la Diosa Madre se libera definitivamente de las entrañas de la tierra para ser exhibida, en un principio, en el Museo Nacional de México fundado en 1825, ubicado en la misma sede de la Real y Pontificia Universidad de México.

## › **El “monstruoso ídolo”**

La importancia de los descubrimientos en la Plaza de Armas de la ciudad mexicana deben ser considerados dentro del contexto histórico que involucraba tanto a España como a sus colonias. Hacia fines del siglo XVIII, la conquista española se vio desacreditada por los enemigos de España: ingleses, holandeses y franceses. Los fundamentos de tal desmérito se basaban en la concepción del estado de barbarie y la ausencia de conocimientos que para ellos caracterizaban a los pueblos conquistados de América. Al mismo tiempo, pensadores como Cornelius de Pauw, Guillaume-Thomas Raynal, William Robertson, entre otros, repudiaban de la conquista la crueldad ejercida sobre los indios y la violenta imposición de la religión católica (Matos Moctezuma, 2002: 19) Dentro de este contexto son comprensibles los dichos de León y Gama en un intento por rescatar los conocimientos indígenas y, al mismo tiempo, defender a España:

Me movió también á ello el manifestar al orbe literario parte de los grandes conocimientos que poseyeron los indios de esta América en las artes y ciencias, en tiempo de su gentilidad, para que se conozca cuan falsamente los calumnian de irracionales ó simples los enemigos de nuestros españoles, pretendiendo deslucirles las gloriosas hazañas que obraron en la conquista de estos reinos. Por la narración de este papel, y por las figuras que se presentan á la vista, se manifestará el primor de los artífices que fabricaron sus originales; pues no habiendo conocido el fierro ni el acero, gravaban con tanta perfección en las duras piedras las estatuas que representaban sus fingidos simulacros, y hacían otras obras de arquitectura,

serviéndose para ellas, en lugar de templados sinceles y acerados picos, de otras piedras mas sólidas y duras (León y Gama, 1832: 4)

El estudio que el matemático y astrónomo realizó de la Piedra del Sol, pusieron al descubierto los profundos conocimientos astronómicos que los mexicas poseían: en uno de los círculos concéntricos que estructuran la composición fueron labrados los 20 días del calendario. En el centro las edades o mundos que, según la cosmogonía mexicana, habían precedido al mundo actual se despliegan en cuadretes alrededor de la imagen de Tonatiuh, el dios del Sol. Por su lado, Humboldt dedica un largo capítulo al estudio de la astronomía mexicana, luego del cual concluye:

Un pueblo que regulaba sus fiestas por el movimiento de los astros, y que grababa sus fastos en un monumento público, tenía derecho a que con justicia se le creyera mas adelantado de lo que han supuesto Pauw, Raynal y aun Robertson, el más serio de los historiadores de América, y es que ellos llaman bárbaro todo estado del hombre que se aleja del tipo de cultura que se tienen formado según sus ideas sistemáticas; para nosotros no pueden existir esas profundas divisiones de los pueblos bárbaros y civilizados (Humboldt, 1878: 209)

Es interesante aquí contraponer los dichos de Humboldt con respecto a la Piedra del Sol, tendientes a valorizar la condición humana y resaltar cierto grado de “civilización” de los indios, con las conclusiones a las que él mismo arriba a la hora de valorar plásticamente la producción estética mexicana: la escultura y la pintura muestran

...una completa ignorancia de las proporciones del cuerpo humano, gran rudeza é incorrección de forma pero tambien un sentimiento minucioso de buscar la verdad en el detalle de los accesorios. Quizás sorprenda hallar en tal estado de barbarie las Artes de imitación, precisamente en un pueblo cuya existencia venia anunciando desde siglos, un cierto grado de adelantamiento, y que aumentaba. (Humboldt, 1878: 226)

Estas consideraciones y otras como “... A ese gusto por las formas incorrectas y aun repugnantes de los Mejicanos...” (1878: 226) dan cuenta que Humboldt no escapaba a la visión eurocéntrica del arte del siglo XIX, aplicando categorías estéticas ajenas a la producción plástica del nuevo mundo. Estas apreciaciones son fundamentales para comprender el motivo por el cual la escultura de Coatlicue fue llevada a la Universidad de México con un acceso más restringido en comparación con la exposición pública de la Piedra del Sol. Más allá del fervor religioso que despertó, políticamente, el “monstruoso ídolo” (Humboldt, 1878: 229), contribuía a afirmar la imputación de que la conquista española se había llevado a cabo sobre pueblos ignorantes y salvajes de América. La Piedra del Sol, en cambio, con sus perfectos círculos concéntricos que demostraban el conocimiento de la geometría y con el registro calendárico reivindicaba la empresa conquistadora llevada a cabo sobre pueblos con cierto grado de “civilización”. Por lo tanto, su ubicación y su posterior entierro, no sólo respondió a una necesidad religiosa sino también política y social.

A comienzos de los años 20 una de las primeras medidas del presidente Guadalupe Victoria fue desenterrar la Coatlicue, al tiempo que la estatua ecuestre de Carlos IV, obra del escultor español Tolsá, colocada en 1803 en la Plaza Mayor como símbolo del poder español, era retirada para situarla, también, en el patio de la Universidad (Matos Moctezuma, 1998: 20)

## › ***El “Interior de la Real y Pontificia Universidad de México”***

En 1835 llega a México Pedro Gualdi contratado como escenógrafo para una compañía italiana de ópera. Durante su estadía de alrededor de dieciséis años se desempeñó también como pintor y litógrafo.

La pintura al óleo “Interior de la Real y Pontificia Universidad de México” de 1841 (Lámina 4) presenta, en una vista en diagonal, el patio de la Universidad. Rodeado por un pórtico columnado, en el centro del patio se erige la estatua ecuestre de Carlos IV. Una serie de ciudadanos dispersos y aislados deambulan por el interior y el exterior del recinto: mujeres con amplios vestidos, clérigos, hombres mostrando sus trajes, sombreros y bastones, e incluso un perro. En el ángulo izquierdo, que corresponde a la esquina noroeste del patio, Gualdi deja testimonio de la presencia de la escultura de Coatlicue detrás de las rejas de madera. Parcialmente tapada por las tablas se recorta apenas como una silueta y, sin embargo, por sus caracteres generales, es perfectamente identificable (Lámina 5).

En esta obra la disposición en perspectiva de las arquerías y el tratamiento de la luz que impacta en la arquitectura le imprime al espacio cierto carácter escenográfico, acentuando la monumentalidad del conjunto con los pequeños personajes dispersos, aspectos todos que caracterizan la labor artística de Gualdi derivadas de sus experiencias como escenógrafo (Ramírez, 2004: 271)

Al igual que muchas de sus pinturas al óleo, donde despliega el paisaje urbano de la ciudad de México, el “Interior de la Real y Pontificia Universidad de México” sirvió como modelo para una de las doce litografías que conformaron el álbum titulado *Monumentos de México* (1840-1841) publicado en dos ediciones debido al gran éxito que obtuvo (Mayer, 1996). Las litografías correspondientes a la pintura muestran algunas diferencias con el original, pero se mantienen constantes tanto la disposición arquitectónica como la estatua de Carlos IV y por supuesto, la escultura de Coatlicue en su cárcel de madera.

## › **Conclusión**

La obra de Gualdi es un testimonio pictórico que da cuenta de una parte de la historia que rodea a la Coatlicue al mismo tiempo que refleja las nuevas condiciones socio-políticas de la época y, al igual que sus pinturas del Palacio de Gobierno, de la Catedral metropolitana, del Colegio de Minería, etc, se convierte en un “referente metonímico de aquella totalidad histórica” (Ramírez, 2004: 273)

El “Interior de la Universidad...” sintetiza la transformación de una sociedad virreinal en una república independiente mediante la coexistencia de dos símbolos antagónicos fundamentales que vinculan el pasado y el presente: la presencia de la Coatlicue que ha sido desenterrada descubre un pasado prehispánico que se convierte en un referente para la construcción de la identidad nacional.

El acto simbólico de su desentierro y su presencia en la pintura de Gualdi no es posible comprenderla sin remontarse al contexto histórico por el cual fue soterrada. Por el contrario, la estatua de Carlos IV, que el general Guadalupe Victoria había pretendido fundir luego de la independencia, fue finalmente confinada dentro del patio de la Universidad y, por tanto, devenida en mero recuerdo de una época que definitivamente había quedado atrás.

En este sentido, el “Interior de la Universidad...” nos lleva a mirar la imagen no sólo como la representación de un interior por el que transitan, indiferentes, diversos actores sociales de la época, sino también como reflejo de un mundo invisible que sólo puede salir a la luz mediante la articulación de los significados políticos, sociales y culturales encarnados en la Coatlicue y la estatua ecuestre de Carlos IV.

## › **Bibliografía**

CONRAD, G.W. Y DEMAREST, A. (1988). "La expansión imperial azteca". En *Religión e Imperio*. Madrid, Alianza.

de Castro Vieira Christo, Maraliz (2010). "A violência como elemento distintivo entre a representação do índio no Brasil e México no século XIX". En *II Colóquio nacional de estudos sobre a arte brasileira do século XIX*. Rio de Janeiro.

García-Bárcena, Joaquín (2009). "Los gobiernos de México y la arqueología (1810-2012)". En *Revista de Arqueología mexicana. Arqueología e identidad nacional*, Vol. XVII, nº 100, 36-45. México, Raíces.

HUMBOLDT, ALEJANDRO DE (1878). *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. Madrid. Imprenta y Librería de Gaspar. En línea: <[http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080017404/1080017404\\_MA.PDF](http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080017404/1080017404_MA.PDF)> (Consulta: 15-03-2013)

León y Gama, Antonio (1832). *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790*. IMPRENTA DEL CIUDADANO ALEJANDRO VALDÉS. En línea: <<http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080017464/1080017464.PDF>> (Consulta: 08-07-2013)

López Luján, Leonardo (2011). *El ídolo sin pies ni cabeza: la Coatlicue a fines del siglo XVIII*, nº 42, 203-232. México. Estudios de Cultura Náhuatl. En línea: <<http://www.mesoweb.com/about/articles/Coatlicue.pdf>> (Consulta: 19-03-2015)

Matos Moctezuma, Eduardo (2002). "La arqueología y la Ilustración (1750-1810)" En: *Revista de Arqueología mexicana*, Vol. IX, nº 53. México, Raíces.

\_\_\_\_\_ "De Coatlicue al Templo Mayor" (1998). En: *Revista de Arqueología Mexicana*, nº 18, 18-21. México, Raíces.

Mayer, Roberto (1996). "Los dos álbumes de Pedro Gualdi". En *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, nº 69, 81-102. México.

Ramírez, Fausto (2004). "La construcción de la patria y el desarrollo del paisaje en el México decimonónico". En *Widdifield, Stacie G. (coord.) Hacia otra historia del arte en México. La amplitud del modernismo y la modernidad (1861-1920)*, pp.269-293. México, CONACULTA.

## Anexo



Lámina 1: Coatlicue. Museo Nacional de Antropología, Ciudad de México.

Foto: A. Levalle



Lámina 2: Piedra del Sol. Museo Nacional de Antropología, Ciudad de México.

Foto: A. Levalle



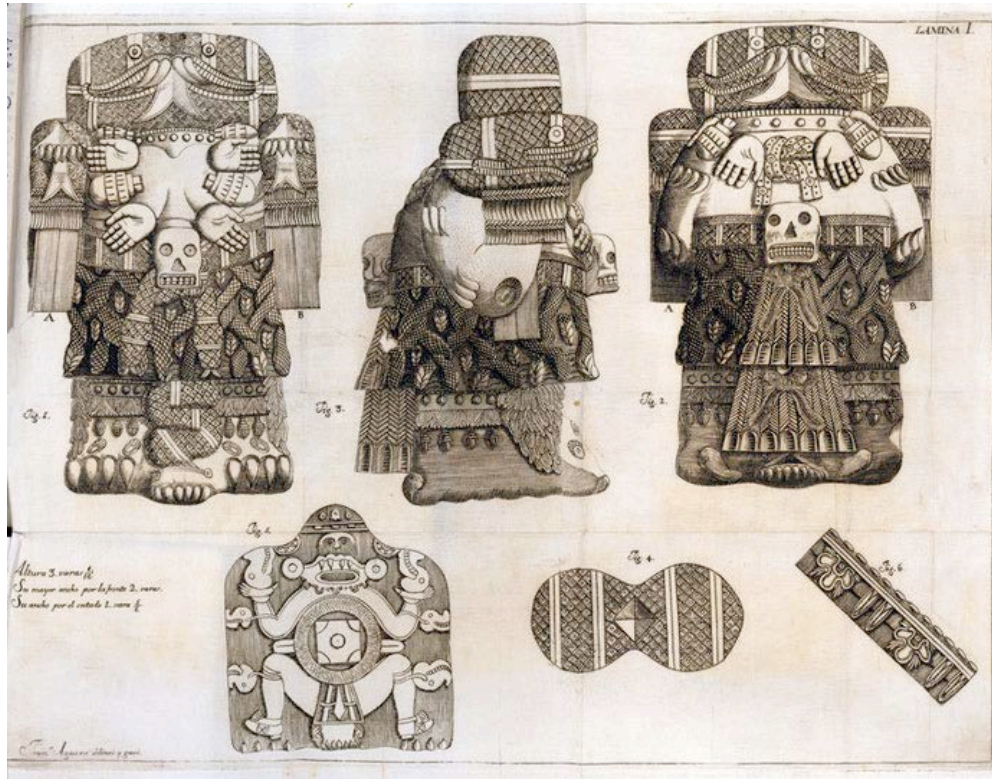


Lámina 3: Grabados en cobre de Francisco Agüera y Bustamante. En León y Gama (1832)

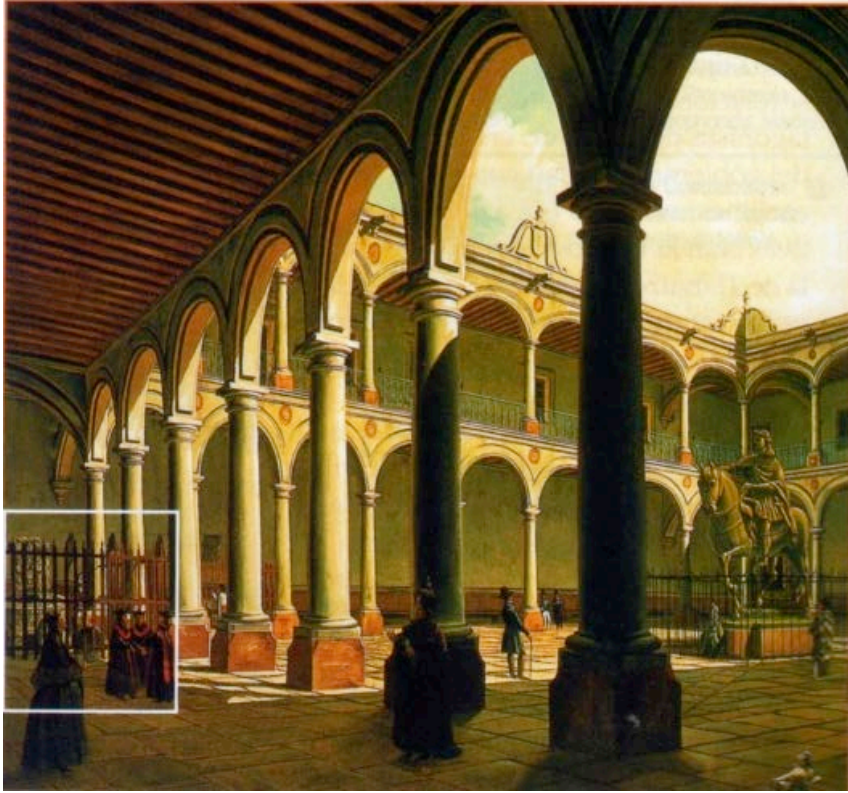


Lámina 4: Interior de la Real y Pontificia Universidad de México. Hacia 1841. Pedro Gualdi. Museo Amparo, Puebla. En Matos Moctezuma (2002: 25)



Lámina 5: La Coaticue detrás de la reja de madera. Detalle.